

rría por sus arterias, la vida, creyó que iba á morir de alegría, y se limpió con el revés de su mano izquierda las lágrimas de ternura que la saltaban de los ojos y caían sobre la frente reanimada de Daniel.

VII.

La paternidad no pesaba gran cosa sobre Miguel: mientras Lía soportaba tales angustias, aquel hombre hasta ignoraba que era padre.

—Se lo ocultaré todo lo que pueda—decíase la pobre muchacha.—Más tarde, sí..... más tarde, ya veremos..... ¡cuando Daniel sea grande!.....

¡Grande! Esta palabra estaba llena de poesía y esperanza para la joven madre, como para todas las madres que contemplan á sus hijos apenas nacidos cual si ya tuvieran las facciones del hombre.

El hijo es para la madre un porvenir que vive, un ensueño que ha encarnado; cuando la madre empieza, la esposa y la amante se entibian; el hombre tiene un rival, el más delicioso de todos, en el ser que ha nacido de su amor, y no puede estar celoso sino de sí mismo.

—Cuando sea grande..... veremos si el padre rehusa su bendición á los bracitos que se la piden.

Entonces el *padre*, en el pensamiento de Lía, era el anciano Hermann, y Daniel era para la infeliz el perdón y la esperanza encarnados.

Para Miguel Berthier aquel niño no existía: había nacido Daniel y había estado á punto de sucumbir á diez pasos de la casa en que su padre moraba. ¡Miguel no pensó una vez siquiera en que Lía pudiese ser ya madre!

—Ella me lo dirá cuando suceda—se contestaba fríamente, para dejar en paz á su conciencia.

Y además, ¿qué había de pensar en aquella criatura desconocida que le debía la existencia, si la suya propia estaba entonces demasiado ocupada, demasiado sobreexcitada, víctima de complicaciones desagradables?

La conducta política de Miguel Berthier se prestaba á los comentarios más diversos, y Pedro Menard se vió precisado una vez á defender en una reunión pública al hijo de Vicente Berthier, acusado formalmente.

—¡Estad alerta!—le dijo Menard.—La sospecha eterna es una de las llagas de nuestro partido, y si es menester ser implacable ante las pruebas de

una felonía, conviene ser prudente en presencia de circunstancias que pueden interesar directamente al corazón de un hombre honrado.

El que acusó á Miguel Berthier fué aquel Delavre á quien Pedro Menard había contestado en el banquete que dieron á Miguel sus electores.

Y no era sólo Delavre; los periódicos del partido se mezclaban en el asunto, complaciéndose en burlarse de aquél, á quien ya llamaban *ex-irreconciliable*; y aunque el periodista Olivier Renaud tomó la pluma para defender á Berthier, sin duda el ministro Mr. Malainvilliers hubo contado con *esprit* la anécdota del carruaje, y las gentes, añadiendo picantes detalles á la aventura, habían puesto de moda este dictado: *Miguel Berthier, opositor de cupé.*

Hablábase de un tribunal de honor para juzgar la conducta de Berthier, pidiéndole antes cuenta, en reunión pública, de las acusaciones que se le dirigian: sólo se deseaba que él defendiera su conducta, que diera explicaciones satisfactorias.

Decidióse enviarle una diputación de electores, de la que formaban parte Juan Delavre y un tal Roucherade, antiguo obrero de abanicos, de gran reputación en las reuniones públicas, por haber presentado con singular energía los términos del

eterno problema social existente entre la clase media, la *bourgeoisie* y el pueblo.

Y la diputación, compuesta de doce electores y presidida por esos dos, presentóse una mañana en casa de Berthier; tomó la palabra Juan Delavre, y con ojos alucinados que relampagueaban pintó á Miguel, que le escuchaba sin decir palabra, los sufrimientos del pueblo, siempre engañado por aquellos en quienes deposita su fe, y le recordó con acento casi bíblico las promesas formales del candidato, comparándolas con los discursos del diputado, y concluyó diciendo terminantemente á Miguel:

—¡Ahora os dejo que concluyáis!

El abogado no era hombre que se desconcertaba fácilmente: respondió en el acto, apelando á todos los resortes de su elocuencia, unas veces sonriente y casi burlón, otras acariciador y enérgico: ¿diez personas personifican millares de electores? ¿Qué mandato había él recibido? ¿Se quería fundar la libertad sobre las ruinas del Imperio? Era necesario esperar, esperar la hora, porque á las revoluciones abortadas suceden siempre reacciones implacables.

—Tendré la República en mi mano—añadió—si la abro; pero no la abriré, por temor de que la

República no surja viable. La suprema sabiduría consiste, ciudadanos, en saber esperar.

La respuesta fué recibida fríamente.

—¡Hay mucha distancia—dijo uno de los comisionados—entre la avenida Trudaine y la calle Taitbout!

—Hay más entre París y Cayena—respondió Miguel—y haciéndoos caso, millares de vosotros saldría para el destierro antes de una semana..... porque si ahora intentaseis apelar á las armas, seríais indefectiblemente aniquilados.

—No se trata de echarse á la calle—dijo Roucherade;—se trata de saber si habéis cumplido ó no vuestro mandato.

—¡El mandato imperativo!—gritó Miguel.—¡Jamás lo hubiera aceptado!

—Entonces..... no seríais diputado. ¡Protestaremos!

—¡Protestad cuando queráis! Tengo tranquila mi conciencia.

—Ciudadano—replicó Juan Delavre—todavía es tiempo de que os hagáis digno del pueblo: proclamad que todo lo que es producto del trabajo pertenece al trabajador. ¡No contemporicéis! ¿Qué es París, sus palacios, sus calles, sus casas, sino trabajo acumulado? ¿Y á quién pertenece ese tra-

bajo? ¡á algunos! ¿A quién debe pertenecer? ¡á todos! Pues bien; decid eso, proclamadlo, afirmadlo, y todas vuestras vacilaciones serán olvidadas, rescatadas, borradas.

Roucherade miraba los ojos asombrados de Miguel, y sonreía atusándose la barba; Juan Delavre con su elocuencia ruda y el amor á lo absoluto que dan los días de privaciones, como si los ensueños tuviesen origen en el hambre, continuaba el régimen de las reivindicaciones que, según él, debía proclamar, á guisa de apóstol, Miguel Berthier, siendo la principal de ellas el derecho al trabajo, el problema, ya lo hemos dicho, entre la *bourgeoisie* y el pueblo: por un lado el egoísmo, y por otro la concupiscencia, no caridad, sino justicia.

Y luego Roucherade tenía que hablar.

Dirigióse con altivez á Miguel Berthier y le intimó la ejecución del mandato que había recibido.

—¿Mi mandato? ¿qué mandato?

—En la próxima sesión acusar á los ministros del Emperador y al mismo Emperador.

Miguel se encogió de hombros, y algunos miembros de la comisión aplaudieron.

—Os emplazamos para mañana—añadió Roucherade;—pero mañana, ciudadano representante,

esperamos vuestro discurso. Hasta mañana..... y no olvidéis que la noche es buena consejera.....

Y salieron todos, precedidos por Juan Delavre.

Pero Rocherade volvióse rápidamente desde la antecámara, y acercándose á Miguel Berthier, lo dijo casi al oído y tocándole familiarmente en el hombro:

—¡Todo esto no vale nada! ¡es una baladronada! ¡es música celestial! ¿cuándo podré veros á solas?

—¿De veras?—dijo Miguel con ironía.

—Volveré mañana; ¿entendéis?

Y de un salto se plantó en la antesala, donde aun estaban algunos de la comisión, exclamando en voz alta y severa, de modo que le oyesen los que había llevado á casa de Miguel:

—¡La noche es buena consejera! ¡hasta mañana, ciudadano Berthier!

Y siguió á sus compañeros, irguiéndose altivamente sobre sus largas piernas, con la actitud de un cómico que sale de la escena.

—¡Bueno!—dijo Juan Delavre.—Ese hombre será ministro, y cuando lo sea, yo pereceré en una barricada.

—¡Oh!—contestó Rocherade con voz enérgica.—¡Eso está por ver! ¡No se mata tan fácilmente á hombres como nosotros!

—VIII.

Esta actitud de los electores de Miguel causó gran emoción en París y precipitó el desenlace que esperaba la Baronesa de Rives.

Berthier se mostraba profundamente irritado, y en su vanidad rehusaba ahora responder á aquellos cuya confianza había solicitado. ¡La idea insolente del mandato imperativo le parecía el peor de los insultos!

Los periódicos tomaron el asunto por su cuenta, y dos autores dramáticos muy aplaudidos imaginaron llevarlo á la escena en una pieza nueva titulada *Cleon*: un mandatario del pueblo, así llamado, ni podía sentarse al banquete del opulento hacendista Gnathon, ni entrar en los salones de la cortesana Pholoé sin que dos feroces electores suyos se le aparecieran súbitamente diciéndole: «Cleon: el pueblo no te ha elegido para que te coronen de rosas en la mesa de un ventrudo, ni para que pierdas el tiempo con una hetäria.»

La pieza no fué puesta en escena, aunque sí leída en el teatro de Variedades, porque la censura exigió tales modificaciones, que los autores retira-

ron bruscamente su comedia aristofanesca; mas indiscreciones de bastidores permitieron que una de las escenas del acto primero, letra y música, se hiciese en breve popular.

«Cleón lamenta—y es positivo
Que su mandato—fué imperativo;
Su mandato im—
Su mandato pe—
Su mandato ra—
Su mandato—imperativo.»

El ministro Malainvilliers, encontrando á Berthier en el salon de conferencias, le hizo saber que por consideración al que se llamaba *Cleón*, la censura no había dado su *Visto-bueno* á la nueva opereta; y Miguel le contestó que Aristófanes, sin embargo, tenía sus derechos, y que él no comprendía por qué se había prohibido la opereta, añadiendo:

—¡La libertad antes que todo!

—Pues bien—replicó el ministro;—si por consideración á vos no, por nosotros mismos sí: *Cleón* ha sido prohibido y no se representará.

Miguel por lo menos había salvado las apariencias quejándose de la dureza de la censura; pero el famoso *couplet* de Cleón seguía su camino, y para completar el ridículo, cierto periódico ilus-

trado publicó una caricatura que representaba á Miguel-Cleón-Berthier meditando sobre el traje que debía ponerse para la apertura de las Cámaras, con esta leyenda explicativa al pie de la lámina:

«El *primer galán* buscando una entrada de sensación.—¿Se pondrá un gorro frigio con plumas, una *carmañola* bordada, ó una franja de oro sobre su pierna de *sans-culotte*?»

—Ya véis á lo que os exponen vuestras amistades—le decía la Baronesa de Rives:—á la vez se os considera como exaltado jacobino y como republicano tibio; os temen unos, y otros reniegan de vos..... Me parece que ya ha llegado la hora de elegir entre la plebe y la clase de preferencia.

Miguel Berthier también lo comprendía así.

¿Y qué hombre político estaba en mejor situación que él para reconciliar á la nación con el Imperio, que visiblemente caminaba hacia su ocaso?

Miguel, sin embargo, experimentaba ardores de fiebre y un terror instintivo cuando pensaba en que, después de haber atacado violentamente al Imperio, podía llegar á servirle.

¿Servir al Imperio? ¿pero era al Imperio, ó á la libertad? Esta era la cuestión, toda la cuestión, el sofisma de los ambiciosos; porque el hombre po-

lítico que se presenta esa duda, que vacila, que se turba, está perdido.

—Tenéis razón—dijo un día Miguel, muy nervioso, muy irritado, á la Baronesa de Rives;—ni mi dignidad ni el interés de la causa liberal me permiten quedar más tiempo entre gentes que sospechan de mí, porque soy más práctico, más militante que ellas. ¡La suerte está echada! Si el poder capitula, si las palabras del Duque de Chamaraule pueden pasar del dominio de la conversación privada al de los hechos, ¡me lanzo al agua! ¡Oh! ¡estoy resuelto! Y pongo un río, un río si es menester, entre mi pasado y mi porvenir.

—¡Por fin!—gritó Francina triunfante.—¡Eso es lo que anhelaba oírte! Antes de un año, de seis meses tal vez, serás ministro. ¿Quieres que escriba al Duque?

—¡Al Duque! ¿y qué le dirías?

—Que le esperaré en mi casa esta noche, y que te encontrará en ella.

—¡Sea!—dijo Miguel.—Escribe lo que quieras.

La Baronesa tomó asiento inmediatamente ante su *bureau* y trazó rápidamente algunas líneas sobre papel verde mar; la carta era una invitación sencilla en apariencia, y sólo en la posdata estaba escrito el nombre de Miguel Berthier.

La Baronesa llamó.

—¿Vais á enviar inmediatamente esa carta?—dijo Miguel.

—Sí.

—¿Por el correo?

—No, con mi criado Félix.

Miguel sintió deseos de coger la carta, desgarrarla y gritar: «No, no; yo no veré al Duque; no puedo, no debo verle.»

—Qué, ¿tenéis remordimientos?—preguntóle Francina con acento burlón.—¿Quizá los ciudadanos Delavre y Roucherade proyectan su sombra en esta pobre carta?.... Y á propósito: ¿habéis vuelto á ver á ese Roucherade para que os dijese lo que quería personalmente de vos?

—No—respondió Miguel, mirando siempre la carta.

Y como Félix tardaba en llegar, Francina hundía la mirada de sus ojos grises en los ojos de Miguel y acentuaba con más indefinible encanto su enigmática sonrisa, al mismo tiempo que tarareaba á media voz el *couplet* de la opereta *Cleon*:

«El mandato im-
El mandato pe-
El mandato ra-
El mandato ti-
El mandato—imperativo.»

Félix entró.

—Al hotel de Chamaraule—dijo Francina.—
¡Inmediatamente!

Miguel se levantó y se puso á mirar al boulevard á través del balcón, mientras sus dedos tocaban en los vidrios, maquinalmente, las últimas notas del *cloupet* de *Cleon*.

Y súbitamente, volviéndose y mirando á la Baronesa como hombre perfectamente resuelto, dijo:

—¡Sea, sea! ¡suceda lo que quiera! Si el Duque me afirma que el Emperador seguirá mi política, por mi fe yo seré del Imperio..... ¡Me ahogaba! ¡no podía vivir! ¡sentía hundirme, hundirme!..... Ahora he pasado el Rubicón..... y á los que me llamen traidor..... ¡Ah!..... ¡á esos imbéciles yo les aplastaré con cargas de libertades!

—Y si es necesario—añadió sonriendo la Baronesa—con descargas de fusilería..... ¡El primer paso es el que cuesta!

IX.

Un ilustre estadista decía de Miguel, á todo el que quería oírle, en una de sus recepciones más concurridas:

—Berthier es el amor propio personificado y el ser más absolutamente rendido al personalismo que se pueda encontrar: si asiste á un casamiento, está disgustado por no ser el único objeto de la atención del cortejo nupcial, por no ser el novio á quien se mira; si asiste á un bautizo, quisiera ser el recién nacido; si asiste á un entierro, está furioso por no ser el cadáver cuyo féretro se saluda.....

La definición hizo furor: jamás el amor propio, la envidia, el ardiente deseo de figurar habían sido tan espiritualmente ridiculizados.

Pero aquel colosal amor propio podía ser muy útil al poder; y en la nueva conferencia que Miguel celebró con el Duque de Chamaraule en casa de la Baronesa de Rives, las condiciones de la paz, mejor dicho, de la alianza, fueron presentadas con toda precisión: él se encargaría de pronunciar un *discurso-ministro* desenvolviendo el programa de la joven escuela política á la que el poder abriría sus puertas.

Ante todo la peroración sería francamente dinástica, y el brillante *leader* de la oposición republicana rendiría las armas al César, dando por razón suprema la salvación de Francia y de la libertad.

Y pronunciado el discurso, formulado el programa, el poder le aceptaría, encargándose el Duque de Chamaraule de hacer que el Emperador le aprobase de algún modo público. ¡Qué gloria!

Berthier no tenía remordimientos, como decía Francina: la zozobra del éxito, el terror de la caída, el doble vértigo del poder alcanzado y de la unión secretamente acariciada con Paulina de Morangis, llenaban por completo su imaginación y no le dejaban tiempo para pensar en el pasado, en el nombre de su padre, en sus primeros amores, en sus primeros odios y juramentos.

*
* *

Aproximábase el día solemne y dramático en que con paso firme, como bravo soldado que marcha al combate, como triunfador que se prepara á subir al Capitolio, estaba resuelto Berthier á sacudir desde la tribuna el polvo del pasado que manchaba su clámide.

Y llegó ese día en que era necesario pasar el ancho río, arrojar el lastre, picar el cable, después de largos meses de turbación, de vacilaciones, de luchas: ¡Mañana!

Era de noche, y Miguel, sentado á su mesa de estudio, á la luz de una lámpara cuyos fulgores

debilitaba una pantalla de ópalo, leía y volvía á leer las apuntaciones que había hecho para su gran discurso, y ensayaba los efectos de su futura arenga, como actor en la víspera del estreno de un drama, como si el artista hubiera sobrevivido al político.

Y acercándose luego al balcón y mirando á los pocos transeuntes del *boulevard*, acordábase de aquella noche de verano en la que contemplaba á París desde el alto balcón de su casa de la avenida Trudaine, y se preguntaba, en la ansiedad del acaso, si habría de salir de las urnas electorales su victoria ó su derrota, la vida ó la muerte.

Pocos meses le separaban de aquella noche de fiebre, y sin embargo, ¡qué camino más largo había hecho desde entonces!

Nada se levantaba ahora entre él y sus ensueños de ambición; nada. ¿Qué había de temer?

Alguna vez la imagen de su padre y los recuerdos de Pedro Menard cruzaban por su mente. ¡Fantasmas que en seguida desdeñaba!

Pero estremeciósese de repente: el timbre de su habitación acababa de sonar con fuerza, como impulsado por febril mano.

¿Quién podía ser en tal hora? Miró su reloj, que señalaba las doce y diez minutos, y como había

dicho antes á su criado que se retirase á descansar, murmuró:

—Yo abriré.

Pero, como todos los ambiciosos, tenía una debilidad extraña, la superstición, y con frecuencia había interrogado á la suerte, en horas decisivas, para obtener alguna respuesta favorable.

¿Qué le anunciaba aquel campanillazo? ¿Quién se atrevía á presentarse á él en vísperas de un discurso tan grave? ¿Sería acaso la Baronesa, para anunciarle que no arriesgase la partida? ¿Habría el Gobierno retirado sus promesas, ó habríase arrepentido el Emperador?

—¡Al hecho! —se dijo maquinalmente, aunque lleno de turbación, de verdadero miedo.—Voy á saberlo.

Y dirigióse hacia la puerta, llevando su lámpara en la mano izquierda; oyó como un suspiro, un eco de lamento ahogado; abrió súbitamente la puerta.....

Una mujer entró como de un salto, cerrando inmediatamente la puerta, y Miguel no pudo retener un grito.

—¡Lía!—dijo asustado.

Ella le miró de frente, y con voz extraña, amenazadora, seca, le respondió:

—Sí, Lía..... ¿e tasombras? pues voy á decirte por qué estoy aquí.

Y dió un paso hacia adelante, retrocediendo Miguel, para dejarla pasar, ante la mirada profunda y la espantosa palidez de la pobre niña.

Estaba más blanca que una mortaja, sus ojos ahuecados en el rostro macilento, su nariz afilada como la de un moribundo, sus cabellos enmarañados sobre la frente, su expresión resuelta, casi audaz y provocadora.

Miguel tenía miedo: fué hacia ella, y ella, como si conociese el camino, entró sin vacilar en el gabinete de trabajo del diputado.

—¡Lía, Lía!—exclamó Berthier.—¿Qué es esto? ¿qué tienes?

—¿Qué tengo? —respondió Lía con voz irónica y angustiada.—¡Que vengo á morir en tu casa!

—¡Morir!

Y Miguel retrocedió; conocía que algo espantoso, terrible se levantaba enfrente de él. ¿Quizás Lía estaba loca? ¿Tal vez enferma en sus postrimerías, y como la más cruel de las venganzas quería darle el tremendo espectáculo de su lenta agonía?

—¿Morir? ¿por qué morir?

—Porque..... ¡porque estoy envenenada!

Y pronunció estas palabras sencillamente, hundiendo su mirada en los ojos de Berthier.

—¿Envenenada? ¿tú envenenada? Lía, Lía, eso es locura..... Dime la verdad; ¿qué es lo que has dicho? ¿envenenada?

—Te repito que sí; envenenada, sí, envenenada, ¿me entiendes?..... Y he venido aquí para mostrarte lo que hacen las mujeres cuando se las abandona después del hastío, como se arroja un harapo inútil. ¡Acuérdate! me decías que seríamos amantes leales el uno del otro, *siempre y todavía más allá*..... Pues bien: por eso he venido; yo estaré allá siempre, cerca de tí. ¡Ya estoy contenta!

Y se dejó caer, falta de fuerzas, en un sillón, mientras Miguel se acercaba á ella como queriendo adivinar la verdad en los ojos de la desventurada.

—¡Ah! ¡no sabes, no sabes!—dijo Lía brusca-mente.—Mi hijo, tu hijo, si no le has visto, si no le has besado, si renegaste de él como de su madre, era tuyo, tuyo, el pobre inocente..... ¡ha muerto! Muerto, ¿entiendes?..... Ha muerto como mi anciano padre, que no me ha perdonado..... ¡Muerto, sí, muerto! Se ha retorcido de dolor en su cuna días y noches..... ¡Tienen mucha vida los niños! ¡Quieren vivir, vivir mucho tiempo!.....

¡Cuánto he sufrido, cuánto he orado, cuánto he llorado, Dios mío! ¡Malditas sean mis oraciones! ¡Daniel ha muerto!..... ¡Ah! ¿no sabías su nombre? Se llamaba Daniel..... Quedóse frío en mis brazos, frío, muy frío..... Y luego me le han quitado, se le han llevado, le han arrojado en un agujero..... ¡Sí, sí, Miguel! y por eso me mato.....

—¿Pero es verdad, es verdad?—gritó Miguel, loco de terror.

—¿Que si es verdad? ¡pues mírame!..... Sí, voy á morir en tu casa, y antes he querido decirte lo que he sufrido; todo, todo lo que he sufrido. ¡Ah! si yo hubiese tenido leche para alimentarle, quizás habría vivido el pobrecito..... ¡Escucha, escucha!

Y Lía refirió con trágica elocuencia, escuchándola anhelante aquel hombre, la muerte del inocente Daniel, que la arrastraba consigo, que la condenaba á morir.

Miguel se estremecía, y pensaba en aquella carta de Clotilde Ballue que hubo leído en casa de la Baronesa, y en aquel discurso conmovedor que pronunció más tarde en la tribuna de la Cámara.

—Lía—decía Miguel—Lía, yo te lo ruego, dime qué veneno, ese veneno..... que has tomado.

Y ella, sonriendo vagamente como orgullosa

de hacerle sufrir, continuó la relación de sus desdichas: el insomnio la había minado, la mataba, y sólo sentía calma tomando láudano; el doctor doblaba, triplicaba las dosis, y Lía, sin embargo, no podía dormir, tal vez porque no quería, madre desolada.....

El niño sucumbió, y creyóse que ella enloquecía, aunque tuvo fuerzas para avisárselo á sus padres, no queriendo que su hijo fuese llevado al cementerio, solo, sin nadie que le acompañase por última vez, como un perro.

Y entonces supo que su padre Hermann también había muerto y que su madre fué conducida por sus parientes á Metz; Lía, pues, estaba sola en el mundo, espantosamente sola.

Y cuando el niño quedó para siempre en el cementerio de Montmartre, ella esperó la noche, dirigió al cielo una plegaria, escribió á su madre y tomó de una vez todo el láudano que se la había prescrito para muchas veces, como supremo consuelo; y poniéndose un chal, encaminóse rápidamente á la antigua casa de Miguel Berthier.

La portera de la avenida Trudaine vacilaba en dar á aquella mujer exaltada las señas del nuevo domicilio del diputado, y Lía la arrojó en el delantal una moneda de oro, diciéndola:

—Miradme, miradme bien: ¿no recordáis haberme visto antes? Ya sabéis que soy su querida.

—¿La antigua?

—Sí, la antigua—respondió Lía fríamente.

Y su aparición en casa de Miguel había producido el efecto de un espectro.

X.

Berthier, cuya ansiedad iba en aumento, calculaba con espanto lo desastroso de aquella aventura: si Lía muriese en su casa, si hubiese ido allí para dejar su cadáver atravesado en el camino que él triunfalmente recorría, todo se desmoronaría en un instante, sus esperanzas, su porvenir, sus sueños de ambición; ¡sería aquello la ruina!

—¡Estoy perdido, estoy perdido!—se decía, cobarde y aterrado ante aquella lúgubre realidad, ante aquella mujer que llegaba para morir en su casa, á sus pies.

¿Pero no se podría salvarla? ¿qué veneno había tomado?

—Lía, mi pobre Lía—exclamaba Miguel—¿qué sientes? ¿qué veneno has tomado?